



SOBRE POETAS Y POESIAS CONQUENSES

Guillermo Sena Medina

Diego Jesús Jiménez

(Madrid, 1942)

La concesión no puede ser más oportuna para hablar brevemente del gran poeta conquense (de Priego, el pueblo de su familia y "su" pueblo, aunque le nacieran en la capital), Premio Nacional de Literatura, que cuenta entre sus numerosos galardones el Premio "El Olivo" concedido en Jaén en 1978. Su presidencia del Congreso de escritores conquenses, celebrado hace unos días, y la publicación en el Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, del que formó parte, de un amplio estudio de J.M. Molina Damiani y la satisfacción de haberle conocido hacen más gratas estas líneas. Sobre su obra se ha escrito mucho, hablando de la capacidad visionaria de su lenguaje (Manuel Rico), de su poesía como tabla de salvación o de la cosmovisión de su poética, pero la más importante es lo mucho que queda por decir.

La casa

Se ha plantado el invierno,
y la casa del pueblo,
y los trigales y llanuras, y la serenidad
que conducen los ríos.

allí, las ventanas al campo, nuestra casa

vacía. Por el corral
andan las yuntas y el esfuerzo
del carro; duermen
las vertederas. El sol
trae aquel aire de la última fiesta: los ruidos
el artificio, las quincallas, la noria
permitida; el turrón, las trompetas
del niño, el buen tema
del baile

Bajo la chimenea,
la pana del domingo, las baldosas
viviendo aquel momento alegre, aquellas pulsación
de los membrillos.

Si hoy volviese a la casa
preguntaría si es a las nueve la procesión, si sale Juan
pidiendo
por las calles, si han traído casetas para tirar, si hay
toros
por la tarde, si hay banderillas para el anís o si aquel
baile
sigue siendo en la plaza y hay amores
inútiles.

Mi habitación, la mesa de nogal, los libros,
la ventana...; allí estarán las Ciencias Naturales, la
Geografía
de los jueves, los vientos, las distancias...
duro,
el nombre de Raquel; la habitación de arriba...

Si volviese
a la casa
preguntaría que cuándo es el examen; si deja aún Pilar
una rendija del balcón abierta, o si cruza José
el acarreo, o si sube la sangre del jardín, o si es la primavera,
o son los años, o aquel pecho en sus bodas
o aquella piel herida.

Los baúles cerrados en la cámara,
la ropa negra de los muertos más próximos, la hora de
cenar,

Los aleros,
los nidos
de los tordos, las sartenes sin uso, los fantasmas, la bicicleta
sin manillar, sin niño por las cuestas.

Preguntaría,
si hoy llegase a la casa, si sigue allí Miguel
esperando a los pájaros; si se juega a las cartas y se
fuma.

O si Andrés tiene novia y nos despierta
la voluntad de amar, "cuéntanos lo del beso";
o si la madre sube y nos sorprende,
contando labradores en el llano, o campanadas sueltas
de la iglesia.

Si volviese a la casa
negaría la paz. Los tiestos ya no tienen
la sangre de la flor, ni sube el griterío de la plaza, ni se
encuentra el jornal
para los olivares, ni está abierto el balcón, ni se ha casado
Andrés
con Margarita (yuntas y caros, la lentitud
del buey, las cuevas, los rastros...)

ni labradores en el
llano
a media tarde, levantando la siega.

Si volviese a la casa
negaría la paz, comprendería
lo duro de esta siesta; vencería aquel miedo.

El robo

Pero ahora que estamos
con la palabra "niño" delante de los ojos
todos juntos unidos como nunca,
vamos a echar el alma por la borda
-si es que nos queda alma para tanto milagro-
decir a la ciudad que nos devuelva
aquel papel de música
con un hermoso himno, aquellos cuerpos puros
blancos, limpios como palomas altas.

Si, decirle a la ciudad que nos devuelva
aquella claridad que nos hacía
creer en el futuro, luchar
porque la vida fuese cada vez más humana.

Ay, entonces irrumpían eternos manantiales,
claros espejos en que poder mirarnos
y era abundante el agua y la inocencia.

Al borde del estanco se apresura

Al borde del estanque se apresura
por derramar un pájaro su idioma;
roza a las flores, sufre con su aroma
la levedad de ser substancia pura.

Inclínase la flor en la amargura
de ser sólo el reflejo al que se asoma:
agua, por fin, que del estanque toma
sólo la soledad de su agua oscura.

En negras transparencias y humedades,
por sonidos y sombras dibujadas
brilla la luz de un pájaro en su vuelo;

luz que en la tarde rompe las verdades
de la flor en el agua reflejadas
al deshacer su imagen y su cielo.